



Defensa dels mèrits del doctorand a càrrec del doctor Camilo J. Cela Conde

Recuerdo de otro profesor Ayala

Las razones de la propuesta y elección del profesor Francisco Ayala como doctor *honoris causa* de nuestra universidad son patentes y no se le escapan a nadie. Ni siquiera habré de mencionarlas. El profesor Miquel Roca se referirá a ellas en detalle, y mucho mejor de lo que estaría en mi mano el hacerlo. Poco sentido tiene, pues, el que les obligue a ustedes a perder el tiempo convirtiéndome en eco inútil de las palabras del doctor Roca.

Pero hay un aspecto de la trayectoria intelectual y científica de Francisco Ayala que suele salirse de los *curricula* oficiales y las consideraciones al uso. Se trata de su compromiso excepcional con esta universidad, la Universitat de les Illes Balears, plasmado a través del apoyo y la colaboración que nos ha brindado de una forma hartamente amable en numerosas y bien importantes ocasiones.

De algunas de ellas, las de menor envidia sin duda, puedo dar fe como testigo personal. Es la única razón que existe para que yo les robe unos pocos minutos en este acto tan solemne como, para mí al menos, entrañable.

La primera vez que ví a Francisco Ayala habría debido ser también en realidad la última. Fue en un hotel de Caracas, allá por el año 1982, con motivo de un congreso disparatado a guisa de homenaje a Darwin al que habían invitado a mi padre, experto darwinista donde los hubiera, como todo el mundo sabe, y luego, de rebote, también a mí. Al llegar al hotel me dijeron que entre los conferenciantes de más rango se encontraba Francisco Ayala. Como quien me dio la buena nueva era de pelambre tirando a literaria, pensé que se refería al Francisco Ayala hoy centenario a quien, con un cuarto de siglo menos pero un más que notable historial como sociólogo, habrían puesto en compañía del autor de *La familia de Pascual Duarte*. Hubiera sido lógico algo así porque el Francisco Ayala escritor es muy amigo de mi familia desde hace mucho tiempo. Un par de años antes de aquél otro en Caracas habíamos estado cenando mis padres y yo en la casa que el autor de *Muertes de perro* tenía en Manhattan.

Así que llamé a Francisco Ayala — a *aquel* Francisco Ayala— a su habitación. Me presenté como Camilo Cela —segundo error—, le comencé a hablar con grandes confianzas y él me contestó, muy educado, que no estaba seguro de que nos conociésemos personalmente. En un tono entre condescendiente y cínico, le recordé la cena de Nueva York en su casa. Dudó por unos instantes y, a continuación, me sugirió que nos reuniésemos en la recepción del hotel. Así lo hicimos.

Ya pueden imaginarse el episodio. Francisco Ayala buscando, intrigado, a Camilo José Cela. Yo rastreando, cargado de suficiencia, al Francisco Ayala escritor. Como la recepción del hotel no era demasiado grande, tampoco pasó mucho tiempo antes de que cruzásemos las miradas.

Insisto en que ahí habría debido terminar todo. Pero se ve que Francisco Ayala, *este* Francisco Ayala, clasifica mejor las moscas drosófilas que los humanos insensatos. No sólo no me retiró el incipiente saludo sino que nos hicimos amigos y, a partir de ese momento, me ayudó una vez y otra. Lo hizo con tal generosidad y aplicación que, gracias a él, hay publicados dos libros —el segundo a punto de salir-, dos libros, digo, con nuestros nombres en el apartado de los autores. Es una suerte que las fotografías figuren en la solapa, para que nadie más se llame a engaño.

No contento con ejercer de coautor en libros situados por debajo de los que firma él solo, Francisco Ayala tuvo una intervención decisiva en el año 2000, cuando se realizó en la UIB, gracias a él, un simposio que pudo reunir a los mejores especialistas en evolución humana que hay en el planeta.

Desde el trío de los autores que nacieron el mismo año en que se descubrió el *Niño de Taung*, 1925, es decir, Emiliano Aguirre, Morris Goodman y Phillip Tobias, a adversarios irreconciliables como son Milford Wolpoff y Bernard Wood, todos acudieron al reclamo del nombre de Francisco. Nació entonces el hoy Laboratorio de la UIB de Sistemática humana.

La generosidad de Francisco para con nosotros puede documentarse, no obstante, mucho más atrás. Llevó a que Miguel Roca y yo pasásemos un tiempo como invitados en su departamento de la universidad de California en la ciudad de Davis, ya en el año 1984. Supongo que Miguel, en sus cuartillas, mencionará aquella oportunidad espléndida.

Podría hablarles más de nuestra estancia en Davis, de lo que supuso para nosotros estar en el centro mundial de la investigación en genética, y compartir mesa en casa de Francisco, y hasta, ¡ay!, acompañarle a buscar unas esculturas chinas gigantescas que casi destrozaron su automóvil.

Pero todo eso, insisto, le corresponde al doctor Roca. La buena noticia ahora mismo para ustedes es que yo a me callo.

Defensa dels mèrits del doctoranda càrrec del doctor Miquel Roca

La vida acadèmica té un bon grapat de cares i d'instants. Vull creure que, com en tots els oficis, hi ha moments particularment agradables. Diria més encara: hi ha dies magnífics. El d'avui és una d'aquestes ocasions, i per aquest motiu vull començar per retre el meu agraïment a tots els que m'han ofert l'oportunitat de dirigir-vos unes paraules en aquest acte d'investidura com a doctor honoris causa de la Universitat de les Illes Balears del professor Francisco J. Ayala.

El elogio del científico, del investigador, ante un currículum como el del doctor Ayala, no tiene ningún secreto. El programa de mano que les han entregado contiene tal cantidad de contribuciones al progreso de la ciencia que resulta del todo innecesario añadir palabra alguna para justificar, si hubiera necesidad de hacerlo, la distinción que hoy se le concede. Pero los protocolos están para cumplirlos y deberé repasar, siquiera sea de puntillas, la vida académica de un biólogo emigrante, que se llevó a Estados Unidos una sanísima curiosidad intelectual y ha acabado convirtiendo su trabajo californiano en un referente mundial de primera magnitud.

No existen muchas biografías con tal acúmulo de méritos y premios: la presidencia de la American Association for the Advancement of Science, la asesoría científica y tecnológica de la presidencia de Estados Unidos durante ocho años, las investiduras como doctor honoris causa por una decena de universidades europeas; por otra parte, 19 libros y unos 800 artículos, en revistas como *Science*, *Proceedings of National Academy of Science*, *Evolution*, *Journal of Biological Chemistry*, *Genetics* o *Biology and Philosophy*, por citar solamente algunas de altísimo impacto, ahora que el "factor de impacto" preside la vida académica. El profesor Ayala tiene tantos méritos que he preferido detener nuestra atención durante unos minutos en dos aspectos concretos de su biografía que entiendo de particular interés para un acto como el que estamos celebrando.

En primer lugar, su capacidad para calibrar, varias décadas atrás, el potencial inmenso que su disciplina ofrecía. Entendemos hoy la denominada Neurociencia como un entramado de conocimientos que nos permite augurar mucho más de lo que razonablemente pensábamos que podríamos conocer algún día. La propuesta desplegada en la actualidad ante la comunidad científica es tan hermosa como fascinante: entender las respuestas del cerebro en el hambre y el sueño, o empezar a plantearnos cuestiones o percepciones tan complejas como la conducta ética o la altruista. El título darviniano de *La Expresión de las Emociones en el Hombre y los Animales* ha dado origen y paso a una biología evolutiva que se pregunta sobre la capacidad para el lenguaje y a la vez para las matemáticas o la sintaxis, las cuestiones éticas o las ideas delirantes y las alucinaciones si me permiten una inclusión en mi especialidad, la psiquiatría.

En el marco de la teoría evolutiva, la Neurociencia parece aventurarse como el único sistema capaz de aliviar en el futuro alguno de los problemas de sustrato específico que tienen planteados determinados ámbitos del conocimiento. Reúne variables y datos biológicos – genéticos, neuroendocrinos, inmunológicos- y variables psicológicas – estilos perceptivos, patrones de conducta, etc- en una aventura que la filosofía de la ciencia ha necesitado y necesita ir replanteando continuamente ante el aluvión de datos ofrecidos por diferentes estudios. Francisco J. Ayala ha sido de los primeros en ver este salto cualitativo.

Hablamos de emociones y de conductas éticas, pero también de la Neurociencia como vía de acercarnos a enfermedades de alta prevalencia en la población, estigmas sociales amplios y pocas o nulas posibilidades de respuestas terapéuticas.

Las esquizofrenias, las demencias o la enfermedad de Parkinson, son ejemplos de enfermedades neurológicas o psiquiátricas, resultado de este riesgo al que nos expone el extraordinario privilegio de pensar. No conviene engañarse: la medicina tuvo siempre serios problemas para encontrar un lugar bajo el paraguas de las ciencias exactas. No es arriesgado postular que, de no existir la variada expresión de los trastornos mentales, que reclamaba y reclama urgente acción, el estudio del funcionamiento del cerebro humano seguiría anclado a cuatro burdos conceptos y a un florilegio de arquetipos y niveles de conciencia. Como si hubiera distintas clases de biología, es curioso ver que algunas psicologías o algunas psiquiatrias, entendidas éstas últimas como especialidades de la medicina, hayan permanecido tan apartadas de la teoría de la evolución. Es cierto que la teoría evolutiva tenía antecedentes que permitían buenos presagios: la teoría de las poblaciones de Malthus, la anatomía comparada de Cuvier.... Valga el comentario de Huxley al leer a Darwin: "¡Qué extremadamente estúpidos hemos sido al no haber pensado todo esto antes". El mecanismo ha resultado sencillo pero extraordinariamente difícil de manejar: el procedimiento comparado. Hay que barajar conceptos como analogía y homología, pero lo esencial es que ya no se discute la teoría de la evolución: ahora se trata de seguir avanzando para entender aun mejor los mecanismos que la van haciendo posible.

A falta de diseños metodológicos y con amplias limitaciones, este era y sigue siendo la apuesta. Algunos lo supieron ver antes que nadie y entre este reducido grupo figura con letras mayúsculas Francisco Ayala, como figuró Theodosius Dobzhansky, y el nombre no es casual porque estamos hablando de científicos que trabajaron codo con codo. Primero, exactitud; luego, la facultad de establecer jerarquías entre lo fundamental y lo accesorio. Biología evolutiva, genética, filosofía de la ciencia y Neurociencia entendida como confluencia de conocimientos. Este son unas aguas en las que Francisco J Ayala ha sabido nadar contracorriente, abriendo puertas. Repasar "Senderos de la evolución humana" de Ayala y Cela Conde, un libro espléndido, constituye un ejemplo de esta actitud, antes de que aparecieran estos nuevos interrogantes, abiertos de forma inesperada para la mayoría.

Finalmente, el segundo aspecto del profesor Ayala que sería imposible obviar hoy: su vinculación con Mallorca. Hace unos 15 años, cuánto tiempo ya, le conocí al entrar con Camilo José Cela Conde en su despacho de la University of California en Davis. Ayala aún no se había trasladado a Irvine y en aquel momento hablaba por teléfono con uno de los jefes de estudios de su institución. Allí nos sirvió la primera lección de las diferencias universitarias norteamericanas: su interlocutor le pedía árnicá para uno de los estudiantes, cuyas notas estaban poniendo en peligro su continuidad con una beca en el centro. Al colgar el auricular, un tanto enojado, Ayala nos lo explicó: "Es un pivot de 28 puntos y 12 rebotes por partido en el equipo de baloncesto de la Universidad de California".....A partir de esta anécdota todo fueron facilidades para Cela Conde y para mí; lo han seguido siendo para los grupos de la UIB que se han acercado a David o a Irvine, colaborando con sus equipos, allanando caminos, propiciando encuentros y publicaciones. No tendría nada que objetar, sino todo lo contrario, a que la UIB nombrase doctor honoris causa al profesor Ayala aunque éste no hubiera pisado jamás Mallorca. Pero convendrán conmigo que su permanente disposición a trabajar con profesores y estudiantes de la UIB es un notable valor añadido a la propuesta del *Departament de Filosofia i Treball Social* que el resto de órganos competentes de nuestra Universidad ha refrendado. Francisco J Ayala es, con todo merecimiento, doctor honoris causa en 10 universidades europeas pero creo que la distinción de hoy, la de la UIB, la va a colocar en un lugar de privilegio.

Al professor Francisco J. Ayala, en definitiva, la benvinguda a una casa en la qual, estic cert i segur, sempre s'ha sentit apreciat. Una casa que avui es troba molt millor, amb la sensació que ha triat bé amb aquesta investidura. Benvingut al Claustre de la Universitat de les Illes Balears, i que sigui per molts d'anys.